

Economía y Administración de Empresas. Qué corrijan el rumbo la editorial y el escritor porque el público no es tarado.

JUAN PABLO PLATA



¿Qué orden prevalece, qué orden se extingue?

Caminos y encuentros de Maqroll el Gaviero.

Escritos de y sobre Álvaro Mutis

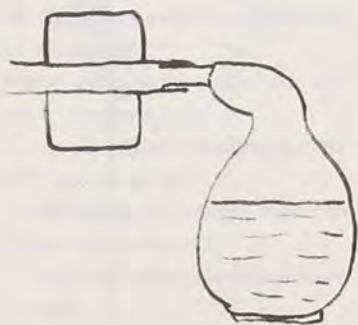
Javier Ruiz Portella (ed.)

Ediciones Áltera, Barcelona, 344 págs.

Este libro es un verdadero festín para los admiradores y fervorosos de la poesía y la narrativa de Álvaro Mutis, a través de sus propios ojos y de las miradas ajenas. La división sigue una lógica que va de lo formal a lo personal y luego concluye en la selección de aproximaciones críticas. Por ejemplo, en la primera hay aroma peninsular en la medida que incluye los discursos de Mutis en la recepción de los Premios Príncipe de Asturias y Reina Sofía. Una coincidencia editorial se produce: el libro tiene pie de imprenta de agosto de 2001 y al poco tiempo le es otorgado al poeta el Premio Cervantes. La segunda parte, un *collage* de textos de entrevistas a Mutis, está dividida a su vez en diferentes temas que van de la formación del artista a la reflexión histórica. La tercera parte es el testimonio de Gabriel García Márquez en el cumpleaños setenta de Álvaro Mutis. Finalmente, los artículos. Y luego una bibliografía mínima (parece un cuento de Augusto Monterroso), pues señala los libros de Mutis divididos en poesía y prosa, más dos referencias a versiones cinematográficas y sólo dos libros de entrevistas. (Habría sido redondo contar con las fuentes originales de los extractos de las declara-

raciones de la segunda parte, pues muchas están citadas de reediciones o bibliografías secundarias).

En una entrevista publicada en Lima, poco tiempo después de recibir el Premio Cervantes, el más importante de la lengua española, Álvaro Mutis se refería en estos términos a la poesía:

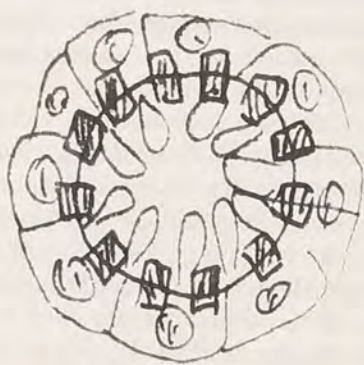


[...] el poeta tiene la visión de descubrir lo que hay detrás de cada cosa, detrás de cada momento. Lo verdadero y lo escondido detrás de cada ser, objeto y trozo de naturaleza que se le presenta. Mire la visión extraordinaria de las Torres Gemelas de Nueva York que tuvo Rafael Alberti en 1980. Alberti se las imaginó y las vio destruidas. Esa es precisamente la magia y el poder de la revelación poética¹.

Es muy revelador que Mutis elija la "visión extraordinaria" de Alberti, visión que desconozco y que no se halla en los textos de *Fustigada luz*, el conjunto de poemas publicado en 1980. En todo caso, existe un nexo entre la tarea que le asigna Mutis al poeta ("descubrir lo que hay detrás [...]") y la referencia que suele hacer respecto de la *otra orilla, ese otro lado siempre...* ¿Cómo accedemos, pues, a tales paisajes? El presente libro es un intento de dar respuesta a ésta y demás interrogantes. Habría que recordar al Darío de los siguientes versos: "¡Torres de Dios, poetas, / parrayos celestes / que resistís las duras tempestades / como torres escuetas, como picos agrestes, / rompeolas de las eternidades!". No sé si la actitud visionaria, concedida a la

poesía, se aviene con el mundo que sus poemas y narraciones le imponen a Mutis, arrastradas las palabras en el vértigo de esa realidad cuyo signo literario sería una prolongada elegía. Conviene entrar con prudencia en este territorio que deslinda, por un lado, la reflexión del poeta, y por el otro, lo que sus textos creativos exponen. Más curioso todavía ha de ser el lazo entre la imagen que Mutis tiene de la monarquía, y por tanto del rey, y el significado que dicha imagen, como metáfora, sirve para explicar la creación poética. En primer término, digamos que cuando Mutis se refiere a la visión de Alberti, la palabra escondida o precisa es la función profética. Tomada, pues, en sentido bíblico o en la línea de Víctor Hugo (nunca de Rimbaud), esta función está exenta de cargos en la obra de Mutis. Su poesía en verso y las narraciones poéticas (las siete novelas de Maqroll) responden al quehacer de un sobreviviente. Aquí no puedo dejar de pensar en el título del primer libro de poemas de Cobo Borda: *Consejos para sobrevivir* (1974), porque por esas fechas el joven bogotano estaba escribiendo sobre la obra de Mutis. Su largo ensayo apareció en la revista *Eco* en 1972 y luego sería incluido como prólogo ("La poesía de Álvaro Mutis") en la primera gran recopilación del lírico de la finca de Coello, en Tierra Caliente: *Summa de Maqroll el Gaviero. Poesía 1947-1970*, publicado por Barral Editores de Barcelona en 1973. Tengo para mí que de cierta y misteriosa manera, el estudio de los poemas de Mutis le otorgó a Cobo Borda no sólo una línea de trabajo poético sino el título de ese primer y sólido libro, quizá uno de los mejores suyos y una marca de la Generación sin nombre. En la poesía de Mutis, ya lo dijo Octavio Paz, está el Neruda de las primeras Residencias; y el poeta mexicano sabía muy bien porqué detectaba esa presencia, que también lo había rondado en sus primeros libros, de los que desplumó todo vestigio nerudiano en la primera edición de *Libertad bajo palabra* (1959). Pero en Mutis, cosa que no se ve en Paz, hay una vena (¿solidez

o serenidad expresiva?) borgesiana, quizá del mito de Buenos Aires creado por el otrora ultraísta a comienzos de la década del veinte. Y también es importante la presencia del "otro" que constituye el centro de *El hacedor* (1960), salvo que provenga de la poesía de Machado, de la que Mutis es devoto sin tregua. Digamos que para su teoría, Mutis se apoya en la función profética del canto; en su praxis, sin embargo, priva la elegíaca. Ahora entremos en terreno minado.



En el artículo "La democracia en cuarentena", Javier Ruiz Portella se detiene y examina, con mucha inteligencia, el poema *Funeral en Viana* y trae a colación la nota "A favor de César Borgia". Y dice del primero:

El poema nos hace revivir semejante héroe como si se tratara de nuestro más inmediato contemporáneo. Ahí está, por lo demás, el secreto de todos los textos en que Álvaro Mutis toca la historia con la fuerza milagrosa de la palabra: en todos ellos el pasado resurge como si fuera cosa viva. [pág. 102]

Pero antes ha lanzado una afirmación categórica que sería muy difícil de demostrar: "[...] no hay ruptura alguna entre el Mutis ensayista y el Mutis poeta o novelista" (pág. 101). Sería tan ardua la separación como decir que el lado culinario en *Paradiso* no ofrece correlación con la sensualidad de los ensayos de Lezama Lima. Los vasos comunicantes, pues, comunican. Y no en balde el libro se titula *Los emisarios* (1984)². Ahora, cuan-

do Ruiz Portella utiliza la frase "profunda diferencia de estilo y planteamiento" para establecer una separación entre esos reinos (poemas, novelas y artículos), da en el blanco. Quisiera incursionar un poco más en esta perspectiva que se enlaza tan nítidamente a los versos finales del poema sobre César Borgia:

[...] asisten
al descenso a tierra sagrada de
[quien en vida
fue soldado excepcional, señor
[prudente y justo
en sus estados, amigo de
[Leonardo da Vinci,
ejecutor impávido de quienes
[cruzaron su camino,
insaciable abrevador de sus
[sentidos
y lector asiduo de los poetas
[latinos:
César, Duque de Valentinois,
[Duque de Romaña,
Gonfaloniero Mayor de la
[Iglesia,
digno vástago de los Borja, Milá
[y Montcada,
nobles señores que movieron
[pendón
en las marcas de Cataluña y de
[Valencia
y augustos prelados al servicio
[de la Corte de Roma.
Dios se apiade de su alma.

He aquí una clave que tiene que ver, como explica Javier Ruiz Portella, con el tratamiento de costado de la ideología, ya sea en un poema o en una prosa de reflexión. Recuerdo el bar Blueberry Hill, en la avenida Delmar, en St. Louis, donde una tarde de marzo de 1985 y en un rincón del segundo ambiente, Darío Jaramillo leyó en voz alta y deslumbrado ese *Funeral en Viana* y todos los allí presentes, en la madera mojada por la espuma que caía de las jarras de cerveza, coincidimos que se trataba de un poema ejemplar. ¿No hay algo en el César Borgia en verso que nos recuerda al doctor Laprida de Borges? Si el "destino sudamericano" del doctor difiere de la arrogancia y el pragmatismo "renacentista" (que la palabra "crueldad" define

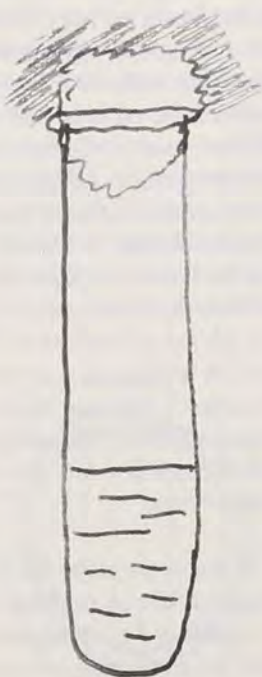
bien aquí) del hijo del pontífice Alejandro VI, lo que ambos poemas establecen es que las acciones y desvelos humanos no pueden ser medidos por los hombres. El meollo, creo, está en la forma en que Mutis habla de lo sacro y de Dios sin hacer una distinción al respecto. Intentémosla nosotros. Lo sacro es aquello que nos traspasa, nos excede, nos deja sin respiración, y la palabra está que arde en el sagrario que podría ser así mismo un lupanar: fuego de trascendencia, de inclinación a la grieta, a la cicatriz del origen. Y la poesía lírica es el intento, vano como todos nuestros destinos, de acceder, religar, reunir. Otra cosa muy distinta es el vocablo Dios, que el poema de Mutis toma, sin decirlo, como el Supremo Juez de una imagen que nos impuso la Biblia con una sazón del viejo idealismo griego. Es el Dios humanizado, el padre de modales implacables del Antiguo Testamento al que Jesús se refiere de idéntico modo y por ello es que no salimos de esa jaula donde coexisten dos opuestos: una noción "lógica" (por estar en palabras) y algo que nunca podrá ser asido por el lenguaje. Cuando Mutis le exige trascendencia a la poesía, lo que le reclama es su condición de ente sagrado (lo mismo pedía el gran poeta cubano Gastón Baquero), de conducto verbal que exprese su deseo de participación en el misterio del universo y en el asombro continuo que representa la vida. Pero cuando Mutis se detiene a reflexionar sobre la Historia (con mayúscula, a lo Hegel) y se ríe de la democracia y declara que él siempre ha creído en la Monarquía, pues sólo un "emisario" de Dios podría juzgar lo bueno y lo malo en su propio reino, creo que es muy sincero, no tengo porqué pensar lo contrario (que sea un embromador, un anarquista con disfraz de prelado). Pero entonces habría que distinguir desde fuera, desde una objetividad imposible, entre la seriedad y la *mañoserí*: las declaraciones de Álvaro Mutis sobre poesía (suya o de otros) están en el terreno de la seriedad; las declaraciones provocativas en sentido político o social, son

una *mañoserí* sin cuento. ¿Alguien quiere un ejemplo al calce y su contrapunto? Aquí van:

Yo no tengo nada contra las prostitutas, ni contra los asesinos, ni contra los ladrones. Yo estoy del lado de toda persona que transgreda cualquier ley establecida por los hombres. Porque el ser humano no tiene derecho de dictarle a otro ser humano una sola norma. Sólo Dios, o los dioses o las potencias superiores pueden dictarlas. [pág. 63, de una entrevista con Rosita Jaramillo publicada en 1982]

El contrapunto es dual. En “El renacimiento de Maqroll en Jamil y Un Rey Mago en Pollensa” nos enteramos que Mutis, en una carta de 1996, le confiesa a William L. Siemens, el autor de dicha nota, que el nacimiento de su nieto Nicolás cambió su concepción de la infancia y los niños, y que ahora no escribiría “por nada del mundo” esa historia “verdadera” del flautista de Hamelín que integra la edición de 1960 de *Diario de Lecumberri*. Como decimos en el Perú: “Una cosa es con guitarra y otra (muy distinta) con cajón”. Supongo que la declaración de 1982 sobre los asesinos —una típica *mañoserí*— vale bien para los otros, para quienes ya sea en Colombia o en Lima o en Timbuktú secuestran o asesinan a un niño, o a cualquier inocente. De pronto, Álvaro Mutis se ha percatado de que “no tener nada contra los asesinos” es una proclama bastante irresponsable *contra* el mismo lenguaje que la pretendería sostener. Hay una novela de Bukowski que me prestó en Lima, hará cosa de veinte años, el pintor José Miguel Tola. En la traducción española de Anagrama se llama *La máquina de follar* (traducción —me cachis— más española que los churros), o algo por el estilo. Recuerdo muy vago el mío de esa lectura (uno lee una página de Charles Bukowski y ha bebido —sí, es beber— todo), salvo por una escena que transcurre en un bosque en el que se pierde el protagonista (más ciudadano

que el asfalto) y entonces se formula la siguiente pregunta: “¿Qué haría en mi caso Jean Genet?” Excelentísima interrogación o, mejor quizá, examen de conciencia. Sí, hay modelos que tienen una geografía definida; fuera de ella, el caos.



Esto mismo me recuerda, en otro sentido, el infantilismo político de los anarquistas de Oregón que destruyeron un local de la cadena de Starbucks, durante las manifestaciones contra la Globalización y el WTO en Seattle a fines de 1999. Antes quisiera decir que me adscribo a la razón de la lucha de tales jóvenes contra el Sistema neoliberal. El problema es el cómo, el problema es el lanzar las piedras sin percatarnos que nuestro techo es de vidrio bien fino. Todos los noticieros del mundo pasaron las imágenes de estos muchachos y muchachas que, semientapuchados, destruían las ventanas del café. Pero en la época del video amateur no se libra nadie, y esas imágenes, por asociación con otras, determinaron los retratos hablados. Y bien, hasta la ciudad de Eugene, en Oregón, llegaron los periodistas a entrevistar a esos jóvenes que vivían en una especie de comunidad y en una casita muy mona

(Lima dixit: muy linda) con su biblioteca en la sala y un huerto ordenadísimo con hortalizas, peras, manzanas, lechugas, zanahorias... Y estos jóvenes estadounidenses, sin ninguna experiencia de lucha contra el Sistema en el que ellos mismos viven, se despachaban y justificaban la destrucción del local de Starbucks, el símbolo de todo lo maligno, con una ingenuidad de los cómics de “Archie” y “Lorenzo y Pepita”. Y los periodistas se perdieron la oportunidad de su vida por no hacer la siguiente pregunta: si ustedes destruyeron un café en nombre de un orden distinto, ¿les gustaría que alguien les destruyera su huerto y se llevara sus hortalizas en el nombre de otro tipo de infraestructura? De esto se trata, de la noción de orden que lleva implícita la huella de un idealismo. Más agudas que las de Álvaro Mutis son las siguientes reflexiones de una gran escritora, hechas mucho antes de la caída del Muro de Berlín. Tienen que ver con el idealismo de todos los sistemas, incluido —no podía ser de otra forma— el idealismo del Partido Comunista y aquel que es repuesto en vigencia en las creencias del poeta colombiano:

La gente llamada “de izquierda” tiene con frecuencia una ingenuidad de creyentes de los primeros tiempos del cristianismo, están persuadidos de que sus soluciones son necesariamente buenas y, como todos los creyentes, sueñan con una suerte de edén que siempre termina siendo inaccesible, porque el hombre es imperfecto, y ningún sueño de perfección puede ser en parte realizado sin llevar también a la violencia y al error. No digo que estos ensueños escatológicos sean malos porque son de izquierda, digo que lo son porque se los transforma en fórmulas huecas³.

Palabras de Marguerite Yourcenar. Y de inmediato otras que caen de perilla a la fe política de Mutis respecto de la investidura divina del gobernante. Imposible decirlo mejor, ya que la

autora de *Memorias de Adriano* ignoraba que aún, suelto en plaza, existía un seguidor de la Monarquía:

En el fondo, estoy convencida de que no hay régimen que no pueda ser perfecto, si el hombre que lo aplica es perfecto, y perfectos los hombres que lo aceptan. Un comunista ideal sería divino, pero un monarca esclarecido, como lo deseaba Voltaire, sería igualmente divino, sólo que ¿dónde están? Una monarquía con un rey sublime que fuera capaz de rodearse de consejeros sublimes, ¡perfecto! Muéstremelos. Aquí es donde los monárquicos se equivocan, en caso de que existan todavía. No ven que su rey haría llamar de inmediato al equivalente de Giscard d'Estaing o de Mitterrand para ponerlo al frente de su gabinete, y que el correo sería atendido por el mismo empleado, o por su sosias. El capitalista tecnócrata que pretende instaurar la felicidad en la tierra con sus métodos de aprendiz de brujo me parece de la misma categoría. Creo que la época de las etiquetas políticas ya ha sido superada o está por serlo⁴.



Sí, triste realidad. Estamos fritos. Y más aún con la globalización y las computadoras y el imperio militar de los Estados Unidos a punto de hacer lo que le da la grandísima gana. (¿Quién ha de pararle el carro?) Pero lo más gracioso de todo esto es que García Márquez y Mutis, que no suelen discutir sobre política y se li-

mitan a asuntos de hogareña temática, se tocan como buenos extremos en un punto esencial: la persona de Fidel Castro. No hay nadie más religioso (en el sentido de seguidor de la Iglesia) que Fidel, no hay nadie que dependa del pensamiento jesuita como Fidel. En realidad en vez de haber sido ungido por el asalto al cuartel Moncada en 1953, Fidel debió anunciar que la revolución había sido profetizada en el *Popol Vuh* y llevada a cabo en la isla de Cuba. Fidel Castro es el curita único de su propia parroquia, el gallego inmortal de una capilla solitaria que queda a noventa millas de Miami.

Aquí vuelvo al concepto de gestación literaria. En el prólogo a *Con los ojos abiertos*, Matthieu Galey habla de los lugares en que Yourcenar ha escrito, y que son casi los que Mutis suele mentar (faltaron los aeropuertos) cuando entra en el tema de la inspiración:

No es en su pequeño escritorio, atestado de libros, en el que escribe a máquina sus manuscritos, donde ha concebido sus grandes ficciones, sino a la deriva del azar, en un tren nocturno, en una sala de espera, en una pieza de hotel, en una iglesia durante un paseo. Este espíritu riguroso se ofrece a lo irracional, y es probable que sin éste no escribiría⁵.

Sorprende que Mutis confíe tanto en las corrientes subterráneas de la creación y, por otro lado, que respecto de la Historia tenga a bien aceptar el cetro de un soberano ungido por el más allá. Estos huecos en la reflexión de Mutis dejan de serlo cuando uno le asigna al rey la metáfora de la inspiración. Todo se sostiene. ¿No sería el rey la figura que combina lo racional —el orden del mundo— con lo sagrado y lo inexplicable? Esto funcionaría a la perfección en el rubro de la poética y sería una metáfora necesaria: la creación combina o reúne el rapto de los dioses con los dictados del gobernante. Y el poeta lo simboliza. Todo se sostiene, repito, en este rubro. Pero al instante todo se complica también

cuando abrimos el horno ideológico. Las declaraciones de Mutis sobre la monarquía son tan respetables como las que puedan referirse al sistema original de los sóviets de 1919 o a los falansterios de Fourier. El “truco” de Mutis es que el “sistema monárquico” está refrendado por lo divino. Y cuando uno entra en estas parrillas, ¡hombre!, que Dios nos proteja (como dicen los ateos españoles repitiendo a Pérez Galdós). Si la mano divina está detrás del sistema, entonces el ayatolá o cualesquiera vicarios del Enigma tienen razón al ordenar que de un plumazo desaparezca de este valle de lágrimas un ciudadano como Salman Rushdie. ¿Qué diría de esto don Álvaro? Tendría que condenarse con su teoría, salvo que ésta insinúe un *knock out* absoluto del dios cristiano frente a su carnal musulmán, ¿no?



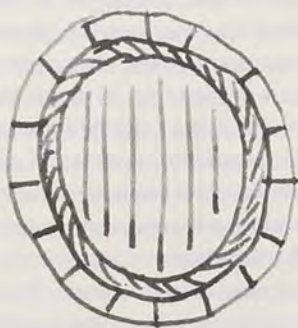
Llegamos entonces a la figura central de la poética de Mutis. Le cedo la palabra a Ricardo Cano Gaviria, quien nos alcanzará uno de sus “Dieciséis fragmentos sobre Maqroll el Gaviero”. El ejercicio espiritual de san Ignacio parece haberse abierto una brecha entre los años e inculado al más rebelde Gaviero:

Maqroll es la negación de la utopía física —el “trópico” en tanto que trópico sudamericano de la utopía, se desdobra bajo su mirada en territorio desolado, en paisaje de lo atroz, donde sólo el “Hospital” podrá entronizarse como modelo de la condición humana— y la afirmación consecuente de toda negación como única utopía posible. Ahora bien, sólo el recuerdo puede servir de sucedáneo a la utopía, al interponerse como catalizador entre la vida como proceso de pérdida y

la muerte como conquista de lo absoluto; sólo él puede cumplir esa función porque, en el fondo, es una especie de "enfermedad" de la mente, que ataca al hombre cansado, siempre un moribundo o un convaleciente. En efecto, puede decirse que, para Maqroll, en la medida en que la vida del cuerpo se mide por la cantidad de "enfermedad" y decrepitud que es capaz de soportar, la vida del espíritu se materializa en la cantidad de recuerdos que almacena o suscita. La enfermedad y el recuerdo se revelan así, para él, como dimensiones básicas de un "vivo que he de morir, porque muriendo el vivir / me asegura mi esperanza" (donde la "esperanza" no sería más que el absoluto que la vida halla en la muerte). [pág. 324]

A la pregunta de si sus novelas sobre Maqroll son "verdaderas" novelas, Mutis suele responder que son extensiones de su poesía. Más que cierto. Son escaramuzas interminables en el absoluto que es el mar como emblema del lenguaje y su escasez de infinito. El sustrato de Conrad y sus marineros sigue en pie, pero hay una analogía con Emilio Salgari, con la persona biográfica, que causa sorpresa: la necesidad del autor italiano de reinventar aventuras y héroes una y otra vez por razones económicas. En el caso de Mutis ha de ser la imaginación torturada por las circunstancias. De allí que la pasión del Gaviero tenga el éxito que tiene, pese a que la fórmula ganadora se repita una y otra vez. En verdad, Maqroll es el Sandokán de Salgari, pero un Sandokán que asumió en carne propia, como en una borrachera, los *Pensamientos* de Pascal. Es el tratado del inútil combate, para decirlo con título de M. Yourcenar; es el tratado de una lucha desigual con el destino. Lo que para Sandokán fue el imperio británico, para Maqroll será el azar y sus artefactos: los negocios turbios, los trueques sin esperanza. La palabra final la tienen los lectores, los que sufren de memoria con la desdicha:

Emilio Salgari (Verona, 1863-1911) jamás imaginó que sus folletinescas aventuras del justiciero corsario que lucha incansablemente contra la opresión del imperio británico tendrían el éxito que alcanzaron desde sus primeras apariciones en el diario veronés *Arena*. Calificadas como "literatura de género" por la gran mayoría de la crítica (algunos incluso la consideran subliteratura), las historias de Sandokán, el Tigre de la Malasia, ostentaban tal cantidad de episodios heroicos y aventuras trepidantes que se convirtieron para muchos jóvenes en una suerte de obligatoria iniciación en el mundo de las letras⁶.



Si Emilio Salgari jamás salió de su casa, Mutis representa la otra cara de su literatura, como debe ser: el examen de los escombros del mundo que fue. Es el agua que fluye, el agua estancada, el agua que cae, un movimiento o la quietud que precede al descalabro. Formas clandestinas del agua, benevolencia de la intimidad. Maqroll es el agresor pasivo de un orden que lo conmina a seguir, de tumbo en tumbo, aferrado a la desolación. De su trayectoria, superponiéndola a la del mismo autor, se podría decir que es el cantar fúnebre en la poesía, el delirio en la narración y el sueño en las declaraciones que tocan la Historia. Es el movimiento pendular del propio Mutis, cuyo centro es la poesía como un continuo asombro, reverencia o rechazo ante el espectáculo del mundo y la sociedad de los hombres. Es la poesía en verso y prosa; será la lucha con la ideología cuando cede terreno en las

narraciones de Maqroll; vuelve a la poesía, casi como un delirio, en las propuestas sobre la Historia.

Pero ciertamente hay que saber transmitir estas instancias y esconder entre las palabras veneración o disputa respecto del mundo. Álvaro Mutis, el artesano, nos mantiene en vilo: en el fulgor.

EDGAR O'HARA
Universidad de Washington
(Seattle)

1. Pablo Gámez, "Preguntas a un Cervantes", *El Dominical de El Comercio*, Lima, 23 de diciembre de 2001, pág. 13.
2. Álvaro Mutis, *Los emisarios*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984. *Funeral en Viana*, que no es un poema breve ni mucho menos, está en las págs. 23-27.
3. Marguerite Yourcenar, *Con los ojos abiertos*, entrevistas con Matthieu Galey, Elena Berni (trad.), Buenos Aires, Emecé, 1982, pág. 107.
4. *Ibíd.*
5. *Ibíd.*, pág. 16.
6. Jaime Rodríguez Zavaleta: "La sombra de Sandokán. La historia del más famoso pirata de todos los tiempos y de su infortunado creador". *Somos*, suplemento sabatino de *El Comercio*, Lima, núm. 791, 2 de febrero de 2002, págs. 40-41.



La vigencia del pensamiento crítico

Ángel Rama.
Crítica literaria y utopía en América Latina

Ángel Rama

Carlos Sánchez Lozano

(selección y prólogo)

Universidad de Antioquia,
Colección Clásicos del pensamiento hispanoamericano, Medellín, 2006,
530 págs.

Si para la reseña de este libro intentáramos aplicar un método crítico semejante al que Ángel Rama desarrolló a través de su monumental obra ensayística, fracasaríamos rotundamente: la excelencia que